LITORALPRESS

Fecha: 14-06-2025
Medio: El Sur
Supl. : El Sur
Tipo: Columnas de Opinión
Título: **Columnas de Opinión: Miguel Torres Sepúlveda**

Pág. : 2
Cm2: 297,9
VPE: $ 716.362

Tiraje: 10.000
Lectoría: 30.000
Favorabilidad: No Definida

Opinión

Miguel Torres Sepúlveda

A Miguel le decían "Charchita" en el fútbol amateur. Era muy buen jugador y, según quienes lo conocieron, aún mejor persona. Un sentir que también compartían sus vecinos de la población Lagos de Chile de Collao, como han constatado muchas notas de prensa en estos días.

Miguel murió esta semana arrollado por un microbús cuando intentaba ayudar a un desconocido en una calle de Concepción. Se bajó de su furgón para socorrer a otro conductor que, agobiado, intentaba salir de una posición peligrosa en la vía pública. Ese otro conductor hoy se debate entre la vida y la muerte producto del mismo accidente.

¿Qué pulsión llevó a Miguel a hacer esto? No tuve la fortuna de conocerlo, pero es casi seguro que Miguel era generoso, noble, desinteresado, dadivoso, altruista, desprendido, solidario y con una profunda capacidad de ponerse en el lugar del otro y comprender sus sentimientos: una persona empática. Por eso quise destacar en estas líneas a Miguel Torres Sepúlveda, por su acto de buen samaritano.

Hasta el siglo XVIII, "generoso" hacía referencia a un individuo noble y valiente. Era ser de "buena raza", dicen los libros, pues al llevar el término "gen" se vinculaba con nacimiento, procreación o familia. Por ello, la palabra generosidad —que parte con gen— lleva además dos sufijos: el primero es "oso", que indica abundancia, y el segundo es "dad", que significa cualidad. Es decir, el que tiene en abundancia una cualidad. O sea, el generoso es aquel que posee en alto grado la cualidad de la buena raza. Miguel Torres Sepúlveda era de esos.

Cuando me enteré de las circunstancias de su fallecimiento, fue imposible no conectarlo con los más de 25 mil empleados públicos —y otros tantos en el sector privado— que, a través de licencias falsas, se fueron de vacaciones al extranjero. Es decir, además de usar sus vacaciones legales, sumaron ilegalmente más días libres mediante una treta grotesca e inmoral.

Quienes por años y de manera repetitiva cometieron este desfalco no son, sin duda, generosos ni solidarios. Tampoco fueron empáticos ni desinteresados. Muy por el contrario. Imaginemos a un funcionario que atiende en cualquier servicio público: su ausencia prolongada obligó a sus compañeros a cubrirlo, sobrecargando su jornada laboral. También es previsible que algún usuario haya visto ralentizada o suspendida su atención por la misma causa. El interés particular (irse de vacaciones ilegales, con financiamiento público) por sobre el interés general; y la ausencia total de empatía (mi disfrute por sobre la sobrecarga de mi compañero o la calidad de atención del usuario).

Pero la situación es aún peor: Fonasa destinará este año el 70% de las cotizaciones obligatorias al pago de licencias médicas. Es decir, solo 3 de cada 10 pesos que recauda el sistema público de salud termina en atención directa a personas. Indignante, porque allí se atiende la gran mayoría de los chilenos.

Quiero seguir creyendo que en Chile hay muchas más personas como Miguel Torres Sepúlveda que como todos aquellos "winners" que tienen una "movida" para comprar una licencia falsa o de conducir, para adelantar por la berma, para saltarse la fila, para robar si pueden, para comerse un chocolate en el supermercado sin pagarlo o para comprar con factura el supermercado familiar. Así como también el habitual y clásico apitutado. Agregue usted un largo etcétera.

Estos "winners" están presentes a lo largo de toda la escala social, pero comparten el individualismo y el egoísmo como valores centrales de su tacaño comportamiento. El caso "Licencias Falsas" coronó tristemente esta larga historia de pequeñas y grandes triquiñuelas, que durante muchos años estuvo cubierta con un manto de oscuridad. Las encuestas son claras: los chilenos esperan que no haya olvido ni impunidad en este caso en particular.

"Charchita", un jugador de fútbol amateur de Concepción, que perdió su vida el pasado lunes 9 de junio por ser generoso y solidario, se ha convertido —a mi juicio— en el contraejemplo feroz de las dos almas que conviven en Chile. Por ello, creo justo decir: no olvidemos a Miguel.

HUGO CAMPOS MIRANDA

Periodista